

La conjura de John Kennedy Toole

Edgar Esquivel

“Por suerte, estoy escribiéndolo todo y, en un futuro más o menos lejano, el público lector más atento y despierto se beneficiará de mi relato de ese descenso abismal por los pantanos camino de la estación interna del último horror...”. En las motivaciones de John Kennedy Toole (Nueva Orleans, Luisiana, 1937 - Biloxi, Misisipi, 1969) anidaba una ambición en cierto modo inédita: escribir acerca de personajes únicos dentro de un marco perfecto, es decir, una aproximación a su ciudad, Nueva Orleans, escenario decadente, con “acento propio” y repleto de vidas pintorescas curtidas de sol y humedad, a tono con la promiscuidad étnica e histórica del mayor puerto del río más extenso de Norteamérica. El protagonista de ese relato, *La conjura de los necios*, es una figura inolvidable, Ignatius Reilly, un hombretón cáustico y glotón que aprecia la realidad del mundo sólo en función del “buen gusto y la decencia”, es decir, de una “geometría y una teología” —propias, por supuesto— sin perder, además, la oportunidad de manifestar —en casa de su madre, con quien vive, o en los dos primeros y únicos trabajos que consigue— sus anacrónicos desplantes, los cuales exaltan un fatídico discurso —“estoy escribiendo una extensa denuncia contra nuestro siglo”— que no sólo reta lo insulso de la modernidad sino además invoca lo antiguo como la alternativa para “llegar a comprender las crisis de nuestra época”, o lo que es lo mismo: “...empezaremos con los últimos romanos, incluido Boecio, claro. Luego profundizaremos extensamente en la Alta Edad Media. Podrás dejar de lado el Renacimiento y la Ilustración. Todo eso es más que nada propaganda peligrosa. Ahora que lo pienso, será mejor que te saltes también a los románticos y a los

victorianos. En cuanto al periodo contemporáneo, deberías estudiar algunos cómics seleccionados”.

Extravagante y autocomplaciente en sus excesos, el ilustrado y patético Ignatius es incapaz de comprender la naturaleza de sus excesos y contradicciones, el origen de sus afanes y tormentos o el alcance real de su inadecuación en el mundo en su cotidiano funcionamiento, lo que no le convierte en un ser insensible, al contrario. Quizá por ello su condición quijotesca en una ciudad atípica le avale o conceda razón en cuanto a la necesidad de desnudar a los necios, a los que no abjurán del sentido literal de las cosas, las palabras y los hechos —“la mayoría de los necios no entienden mi visión del mundo”.

Paralelamente corren junto a *La conjura de los necios* la tragedia de su autor y el férreo empeño de su madre, Thelma Ducoing, porque el escrito de su hijo único, una de las dos novelas que logró terminar Toole, fuera publicado y enaltecido después de su suicidio. Las leyendas, los mitos, el culto que despiertan determinados creadores u obras son formas de aprehensión de un ideal, pero a veces el porvenir —lo que permanece— es competencia del tiempo ajeno, de la serenidad, no así de un frío método mediante el cual se calculan procesos, conductas o pasiones, o en su caso de algo opuesto —la fortuna— y en no pocas veces hasta del misterio. Es posible que Kennedy Toole fuera presa, entre otras graves emociones y densos pensamientos, de una prisa lacerante por el reconocimiento, la fama, que en vida nunca llegó —¿qué artista no lo es?—. Sucede, por encima del talento, cual capricho del azar. Escrita en 1963, durante el servicio militar que Toole realizó en Puerto

Rico, y únicamente revisada entre 1964 y 1965 por la editorial Simon & Schuster, *La conjura de los necios* no vería la luz hasta 1980 —obtuvo el Premio Pulitzer de ficción en 1981— gracias a la insistencia sin tregua de Thelma, la madre indómita que quiso serenar la atribulada memoria de John. Dramas familiares aparte, y después de ocho editoriales, ella tuvo el tino, o la intuición —desesperación— de acudir con un académico (Walker Percy), de la Universidad de Loyola, en Luisiana, que tuviera conocimientos y contactos con el mundo editorial. Y no se equivocó, pues Percy sería a la postre el aval ulterior que propició la ansiada publicación del texto.

No pudo haber mejor conjura —acaso toda buena literatura lo es—, pues yace en el egoísmo altanero del héroe de Toole, Ignatius Reilly, así como en los lamentos del resto de los personajes —la madre y sus amigos, los compañeros de trabajo, los tipos corruptos y viciosos que pululan en los barrios exóticos de Nueva Orleans, o en la mujer con la que mantiene una extraña relación epistolar, Myrna Minkoff— una marginalidad redentora y una ironía involuntaria que conforman la farsa perfecta: hilarante pero al final melancólica. ¿Qué puede esperar alguien como Ignatius Reilly de la vida cuando lo ha aprendido todo excepto “cómo debe comportarse un ser humano”? ¿Dónde se enseña semejante disparate? Él no necesitó asimilar o justificar el mundo que le tocó porque desde pequeño supo que lo absurdo era una manera de sobrevivir, así que más valía encarar la vida alterando los valores y placeres. “Les han lavado el cerebro a todos ustedes. Supongo que le gustaría convertirse en un triunfador, en un hombre de éxito, o algo igual de ruin”. **U**